

Mariología sobre la realeza de María y la advocación de la *Regina Apostolorum*

Recorrido histórico

Ramón María Loyola Paternina, L.C.

Licenciado en Teología Espiritual.

Introducción

Hacemos un acercamiento histórico y al mismo tiempo teológico al tema de la realeza de María, pero enfatizamos la parte que se refiere a la específica advocación de María como Reina de los Apóstoles. Empezamos en la Biblia presentando dos tipologías del Antiguo Testamento y los pasajes evangélicos alusivos en el Nuevo Testamento. Luego pasamos revista a lo que los Padres de la Iglesia, orientales y occidentales, han dicho al respecto: encontraremos la primera referencia específica del título de la Reina de los Apóstoles ya en el s. IV. Después estudiamos el periodo del alto medioevo. Posteriormente centramos la atención en la devoción, el culto litúrgico y la piedad popular en los inicios de la edad moderna. Haremos una mención especial de las letanías lauretanas que difundieron universalmente esta advocación. Y terminaremos este capítulo con un amplio apartado sobre el magisterio de la Iglesia al respecto: desde las bulas y los concilios a la abundante producción de documentos con que los Papas de los dos últimos siglos han enriquecido este tema a través de sus encíclicas.

1. La idea de la dignidad real de María en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento hay dos elementos que se conectan con la realeza de María en modo indirecto: la figura de la mujer en el pasaje del Génesis, llamado el protoevangelio, y la figura de la *Gebirah*, o reina madre, del reino davídico, presente en 2 Samuel y 1 Crónicas.

En Génesis 3,15 aparece la promesa de la misericordia de Dios que está ligada a la mujer, a su descendencia. Los teólogos concuerdan que hay aquí una alusión a María: una mujer que sí ayudará al hombre a dominar vica-

riamente, a reinar sobre lo creado según el plan de Dios¹; de hecho, el grito de Adán en el versículo 23 (“¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!”) es, relacionándolo con 2 Sam 5,1², una auténtica aclamación real³. La mujer a través de su Hijo aplastará la cabeza de la serpiente. Pero se habla también en este pasaje de su estirpe en el sentido que la victoria de María asociada a la de su Hijo es la primera de muchas victorias en las que ella también, como madre, está involucrada hasta el establecimiento escatológico del reino, conforme al plan de Dios.

En el reino davídico, que será prototipo del reino mesiánico, encontramos otra interesante tipología. Se trata de la *Gebirab* o reina madre⁴. Esta figura está copiada de los pueblos que rodeaban a Israel⁵. Éste había pedido a Dios tener un rey y esto requería imitar la corte, costumbres y también los modos de gobernar. Desde el inicio, con Betsabé (y hasta Nejustá), podemos ver que la figura de la Reina Madre es solución a dos problemas: el primero es el de las múltiples rivales por la poligamia real; parece más lógico que la madre del Rey ocupe ese puesto: además de ser una cuestión de justicia pues frecuentemente era ella quien había influido en la consecución de la corona para el hijo; el segundo es la necesidad de continuidad dinástica y de estabilidad intergeneracional. El oficio de la reina madre era claro: un rol de intercesora (1 Re 2,19) o abogada para el pueblo desde un puesto único: subordinada al rey, pero reverenciada por el mismo rey: 1 Re 1,16. La Reina Madre tenía “vara alta” ante el rey por el amor filial que éste le profesa: al entrar ella ante la presencia de Salomón éste le hace una reverencia, se sienta luego en su trono y, de modo muy significativo, la hace sentar a su derecha en otro trono. Cuando Adonías se acerca a Betsabé a pedirle su intercesión le dice: “pídeselo, te lo ruego, al rey Salomón: no te lo negará”. Era también consejera valiente, franca, de confianza y desinteresada (Prov 31). A esta luz se puede leer el evento de Caná de modo muy enriquecedor, y en general se puede ver la función materna de María en la Iglesia como una función real cuyas notas son potencia, misericordia y eficacia.

¹ Gn 2,20: “Así Adán puso nombre a todos los ganados, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo; pero no encontró ninguno como él, que le ayudase”.

² “Somos hueso y carne tuyos”

³ S. HAHN, *Dios te salve, Reina y Madre. La Madre de Dios en la Palabra de Dios*, Ediciones Rialp, Madrid 2003, 84-85.

⁴ Literalmente “gran señora”.

⁵ R. DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1964, 172-174.

2. La idea de la identidad real de María en el Nuevo Testamento

Por la *obumbratio* del Espíritu Santo sobre María empieza Dios algo nuevo, todo se hace nuevo. María es la madre del Señor, del Rey. Su reinar, sin embargo, no es un dominio temible sino un servicio asombroso: María utiliza admirablemente su posición materna única con una benevolencia sublime e insuperable, con un amor perfecto – servir es reinar, nos dice la liturgia –, con una misericordia que en María es participada de la de su Hijo, que es fiel, perseverante, hasta formar a su Hijo en nosotros. Recojo aquí los pasajes más significativos en relación con la realeza de María.

a. La anunciación y el nacimiento de Jesús

El designo eterno de Dios sobre María es que sea Madre, madre del Mesías Rey⁶; un mesías que será en modo absoluto “grande” (como atributo divino; por comparación con Juan que “será grande a los ojos del Señor”⁷). Este reino mesiánico llega por la fidelidad de Dios a sus promesas y también por la obediencia creyente y fiel de María. La realeza de María está fundada por tanto en su maternidad divina: si Jesucristo viene a salvar, como apóstol⁸ del Padre, María, en unidad querida por Dios de destino y misión, también viene a salvar y lo hace como Reina de los Apóstoles.

b. Visitación

Este pasaje encierra un significado enorme para la realeza de María y de modo específico para el título de Reina de los Apóstoles. Isabel, su prima, la llama desde el inicio “la madre de mi Señor”⁹, es decir, la Reina Madre. Su presencia además es intencional, oblativa¹⁰ y netamente apostólica: se podría decir que se trata del primer apostolado, puesto que apostolado es siempre, esencialmente, dar a Jesús. Es Reina sí, pero lo es para llevar y traer a Dios, para ensalzarle, para comunicar el gozo mesiánico. Es reina desde el humilde servicio cotidiano¹¹, el servicio que trae y hace presente el Reino.

⁶ Lc 1,33.

⁷ Lc 1,15.

⁸ El significado etimológico de “apóstol” es “enviado”; es similar a “misionero”.

⁹ Lc 2,43.

¹⁰ D. SARTOR, «Visitación», en *Nuevo diccionario de Mariología (de Stefano de Fiores y S. Meo)*, Paulinas, Madrid 1988, 2040-2046.

¹¹ A. SERRA, «María Reina», en *Nuevo diccionario de Mariología (de Stefano de Fiores y S. Meo)*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988, 1714-1721.

c. *El evento de Caná*

María ocupa un puesto relevante en el primer milagro o signo de Jesús. Su intervención es determinante. A partir de ésta crece y se consolida la fe de los discípulos, los primeros apóstoles. María, fiel a su condición maternal y a su misión activa por designio de Dios, pone todo en las manos del Hijo¹²: “Haced lo que Él os diga”. La aparente negativa inicial hace resaltar más la omnipotencia humilde-subordinada y suplicante-misericordiosa de María. Influye adelantando el inicio del Reino, que más adelante llevarán los apóstoles de su Hijo, e influye fortaleciendo la fe de los que serán los Apóstoles de ese Reino. Hemos visto anteriormente como la figura de la *gebirah* ilumina la hondura de la identificación de María como reina madre.

d. *Bajo la Cruz*

La presencia de María, como el evangelio de Juan recoge¹³, no sólo es determinante en el inicio, en Caná, sino también del todo especial en el final del ministerio de Jesús. Se trata de circunstancias muy interesantes y significativas. En ese momento Jesús agonizando da a su madre física un rol espiritual de madre de su discípulo por excelencia y al discípulo un rol de hijo: nace así una relación familiar en el discipulado¹⁴. María se hace madre, efectiva y dolorosamente, participando (con su com-pasión) en el sacrificio del Calvario: es una maternidad espiritual que se dice también de la Iglesia y que realiza en cierto modo el “todo está cumplido”¹⁵ de Cristo mismo en la Cruz: esto expresa una maternidad-realeza espiritual potentísima¹⁶. Si participa en la redención es colaboradora, socia, corredentora. Si participa en su realeza (cuando su Hijo “regna a legno”¹⁷, Ella le acompaña y comparte su sufrimiento, agonía y muerte) y es madre, es Reina¹⁸.

¹² H. BARRÉ, *Marie, reine du monde*, en *Et Mar*, 1937, 35.

¹³ Jn 19,25-27.

¹⁴ SR. STELLA - OTYLIA HOLISZ, SAC, *María Regina degli Apostoli negli scritti di san Vincenzo Pallotti*, PUG, Roma 1996, 104-105.

¹⁵ Jn 19, 30.

¹⁶ E. M. DE ITURRIAGAGOTIA, *Mater Stans. La Madre firme y fiel.*, Impendam Editores, Ollauri 2001, 33.

¹⁷ SAN JUSTINO MÁRTIR, *Apología*.

¹⁸ S. DE FIORES, *Maria, presenza viva nel popolo di Dio. Maria Regina: significato teologico attualizzato*, Monfortiane, Roma 1980, 61-62.

e. Después de la Ascensión unidos en oración

María había dado a luz a Jesús y ahora participaba en el nacimiento de la Iglesia universal: “todos ellos perseveraban unánimes en la oración junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos”¹⁹. Podemos ver un claro paralelo con el evangelio de la infancia de Jesús, del mismo Lucas: hay una continuidad-prolongación de la maternidad de María en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, cuando acompaña sus primeros pasos.

f. María en el Cenáculo – Pentecostés

Los pasajes lucanos de Hch 1,14 y sobre todo Hch 2,1-4 son paralelos con el de Lc 1,38 (*Ecce ancilla Domini*...): aparece la misma dinámica de actuación del Espíritu Santo. En los Hechos de los Apóstoles, en la Iglesia naciente, Ella no preside ni anuncia, pero da testimonio del cumplimiento del misterio al que Ella ha contribuido activamente. Aparece como madre mediadora que atrae y trae al Espíritu Santo y con Él toda efusión de gracia. A través de Ella nos dio a Jesús y Jesús es todo, luego “Dios quiso que tuviésemos todo por medio de María”²⁰. Es madre abogada de gracia. Es reina por analogía y participación, en el Espíritu Santo, con la realeza de Cristo²¹.

3. La tradición sobre la realeza de María en la patrística oriental

Aunque Justino e Ireneo desarrollan la primera mariología, no es sino a partir de Orígenes_ (†254) cuando aparece el concepto de María Reina²². Es el primero en pasar del “madre de mi Señor” a “mi Señora”: de la soberanía del Hijo a la de la Madre. Es importante notar que se trata de una maternidad universal porque no sólo se refiere a Isabel, la prima de María, sino que el motivo es universal y por tanto el concepto lo es también.

La advocación Regina Apostolorum aparece por vez primera con Efrén de Siria (†375) quien la llama Madre del Rey en un himno de la fiesta de la Epifanía²³ y también “*Regina Apostolorum ac Prophetarum corona...*”²⁴ y también “*inviolata, integra, planeque pura ac casta Virgo Dei genitrix,*

¹⁹ Hch 1,12-14.

²⁰ BEATO GIACOMO ALBERIONE, *Regina degli Apostoli*, Paoline, Albano 1954. n. 251.

²¹ C. M. MARTINI, *La parola di Dio alle origini della Chiesa, Sacra Doctrina* 63/64, 1971, 532-533.

²² ORÍGENES, *Homiliae in Lucam*, 7: PG 13, 1901.

²³ S. EPHRAEM, *Hymni in festivitatem Epiphaniae*, XV, 12, ed. Lamy, I, 131.

²⁴ S. EPHRAEM, *Oratio ad SS. Dei Genetricem*, in EMBP, 348.

*Maria, Regina ómnium [...] preconium Apostolorum*²⁵. Otro gran avance también es de no sólo amplificar el título sino añadirle una función real de protección mediadora: “Virgen Augusta y Padrona, Reina, Señora, protégeme bajo tus alas, custódiame...”²⁶. Destacable es también el motivo apologético que desarrolla: hay que honrar más a la madre del Rey que al trono donde se sienta (el cielo).

Con la definición dogmática de la *Theotokos*²⁷ y la difusión en oriente de la fiesta de la *Dormición*, en el s. V se hacen frecuentes en los apócrifos (especialmente los asuncionistas) los títulos reales de la Virgen.

En la redacción griega del *Transitus Mariae*, publicada por Tischendorf²⁸, se la llama “Reina de todos los Santos”, “Reina de los Apóstoles”, “Reina piadosísima y misericordiosísima”, “Nuestra Soberana”²⁹.

En Juan Damasceno (†749) abundan las proclamas de María Reina, Asunta. Ella es Soberana que manda sobre todas las cosas, y al mismo tiempo es también sierva y madre del Creador, que supera todas las cosas y manda sobre ellas; por ser Madre de Dios, impera sobre todas ellas: es Reina al lado del Hijo por haberle dado a luz y por haber sufrido con Él cooperando dolorosamente en la Redención de los hombres. Aparece aquí ya perfectamente delineado el segundo motivo sólido de la realeza de María.

4. La tradición sobre la realeza de María en la patrística occidental

Jerónimo (†420) reconoce el primado (traducido por “soberanía” en la interpretación siríaca) de María, Madre del Señor, sobre todas las mujeres³⁰. Por su parte, Pedro Crisólogo (†450) explicita que María por voluntad del Hijo nace y se llama Señora; y añade que por ser Madre del Dominador no tiene temor servil; además precisa que, aunque el ángel le llama Soberana, Ella se reconoce esclava³¹.

²⁵ Según la crítica textual de P. Gabriele y M. Roschini hay otros textos de San Efrén a favor de la regalidad de María pero cuya autoría es dudosa.

²⁶ S. EPHRAEM, *Oratio ad SS.mam Dei Matrem. Opera omnia graece*, ed. Assemani 3, Romae 1746, 546.

²⁷ Concilio de Éfeso; año 431, entre el 22 de junio y el 16 de julio.

²⁸ C. TISCHENDORF, *Apocalypses apocryphae*, 105, 110, 183.

²⁹ “Tunc apostoli flectentes genua rogaverunt dominum ut eum solveret. Quo sanato eadem hora, gratias referens deo et osculans pedes reginae omnium sanctorum et apostolorum...”

³⁰ T. KOEHLER, *Maria nei primi secol*, Centro Mariano Chaminade, Vercelli 1971.

³¹ S. PEDRO CRISÓLOGO, *Sermones. Sermo 142. De Annuntiatione B.M.V.*, PL 52, 579-582.

Venancio Fortunato (†600): es primer poeta occidental de la realeza de María: nos muestra a María como “feliz Reina” con todo el esplendor de su majestad: Reina junto al Hijo. Recibe el trono y la corona a cambio del hospedaje en su seno materno.

Ildefonso de Toledo (†667) inundado de amor y devoción la llama “*Domina mea, dominatrix mea, dominans mihi, mater Domini mei*”³²; y le pide que le conceda servir y ser esclavo de su Hijo y de Ella; en la concepción de san Ildefonso su majestad preñada de cariño y compasión por sus hijos, hace deseable, filial y atractiva su devoción; y además, su realeza le da un verdadero dominio y derecho a ser servida.

Ambrogio Autperto (†778) profundiza en la visión de María como Madre y esposa excelsa del Rey.

Como conclusión de este apartado sobre la patrística podemos decir que la conciencia y devoción a la realeza de María penetró naturalmente en el patrimonio común del sentir cristiano desde los precocísimos testimonios, y lo hizo sin oposición o discusión: ya en el s. V es proclamada universalmente Reina.

5. Testimonios escritos en el Alto Medioevo sobre la realeza de María

Recojo sólo algunos de los más significativos. Se desarrollará en esta época el argumento de la asociación de María a la obra salvífica del Hijo, basada en la divina maternidad, y vista como participación en su realeza³³. Empezamos con San Pedro Damiano (†1072) que la llama Reina del Mundo, Dominadora. Amadeo de Lausanne (†1159) en sus *Huit Homelies Mariales* profundiza cordialmente en su dignidad real, en la universalidad y caridad de su reinado³⁴. En Eadmero de Canterbury (†1141) encontramos una doctrina completa sobre la realeza de María; expone los dos fundamentos (derecho natural y adquirido): su maternidad divina y su cooperación a la redención; cabe destacar el concepto de “corredentora” entendido aquí como reparadora, como re-portadora de todo y todos a su original dignidad y función; y esto lo realiza con la gracia que Ella misma recibió y que la hace modelo de “nueva creatura”. Nótese aquí como coincide la creación original de Dios con la nueva creación: con estas reflexiones avanza la intuición de la recapitulación en Cristo a través de María³⁵, el *reditus* completo que

³² SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, *De Perpetua Deiparae Virginitate*, PL 96, 58.

³³ L. GALATI, *María la Regina*, Roma 1959, 105-120.

³⁴ SAN AMADEO DE LAUSANA, *Ocho Homilias Marianas*, Homilía 7: SC 72, 188. 192. 200.

³⁵ E. M. DE ITURRIAGAGOITIA, *Mater Stans. La Madre firme y fiel.*, 40.

comienza completarse en la plenitud de los tiempos con Cristo, “nacido de mujer”³⁶, enviado a través de María a salvar, a abrazar, a recoger el mundo. Con Ricardo de San Lorenzo (†1260) tenemos un tratamiento más científico y escolástico del tema; dedica un capítulo entero a presentar a María Reina: la que provee a sus súbditos como Señora, Emperatriz y Dominadora; pone tres fundamentos: es Madre, es Esposa y es Socia del Verbo encarnado; subraya que el suyo³⁷ es uno y el mismo que el reino del Hijo³⁸, un reino sin fin. San Buenaventura (†1273) resalta con el salmo 44 (v. 10) que Ella es Reina porque lleva la misma diadema y oros del Rey, y porque “Regis Mater, Regina est”³⁹; al presentar las razones de su realeza, lo expresa así: por ser Madre del Creador y para poder interceder por los pecadores y reconciliarlos con Él⁴⁰. El mismo salmo sirve a Santo Tomás de Aquino para señalar que María está ornada de divinidad como Madre de Dios que es. Por su parte el Pseudo-Alberto Magno: en las 230 *quaestiones* del “*Mariale*”⁴¹, apunta que María es reina del mismo y único y universal reino de su Hijo; y reafirma los dos fundamentos: su maternidad y su cooperación, es decir, su ser madre y socia (distingue bellamente la función y servicio vicarios, propios del ministerio, del oficio de socia y reina intercesora); enfatiza el tema del dominio de María que es uno de misericordia; en tono apologético señala que al estar sentada a la derecha de la Trinidad está por encima “el cielo de los ángeles” y, por tanto, está en una exaltación máxima, una misión universal.

6. La realeza de María en la devoción, el culto litúrgico y la piedad popular

El pueblo cristiano desde los primeros siglos al contemplar a María, la vio aureolada de belleza, grandeza y potencia. Los términos relacionados con la realeza van entrando en la liturgia (*Salve Regina, Regina caeli*...), en la piedad popular (letanías, 5º misterio glorioso) y en el arte (Coronación de María). En las catacumbas de Priscila, en el arco de la nave de la capilla grie-

³⁶ Gal 4, 4

³⁷ MIQUELE DI SANT'AGOSTINO, *Vita mariaforme*, cap. IV «consacrare la propria vita a Maria».

³⁸ R. DE SAN LORENZO, *De Laudibus Beatae Mariae Virginis*, L. XII, ed. Borgnet, París 1890, 353-360.

³⁹ SAN BUENAVENTURA, *Sermo 2 de Nativitate S. Joan. Bapt. Opera omnia*, Quaracchi 1901, 545.

⁴⁰ SAN BUENAVENTURA, «*Sermones 5-6 de Assumptione*» *Opera omnia*, Quaracchi 1901, 699-705.

⁴¹ Esta obra ha tenido diversas denominaciones. Galati la prefiere así: *Summa de laude B. Virginis. Opus super “Missus est”*.

ga, hay una pintura del s. II que muestra a María como Emperatriz: esto es muestra de una actitud generalizada de reconocimiento de su realeza y esto queda corroborado claramente en la oración del “*Sub tuum praesidium*” (s. II-III). En las Islas británicas encontramos colecciones de oraciones y proto-letanías correspondientes a los siglos V y VI. En los “*Libelli precum*” del s. VIII aparecen colecciones de oraciones y fórmulas de devoción privada⁴². En el s. X san Odón de Cluny la llama Madre de misericordia y transforma así la Salve (nacida en Cluny o Clairvaux; atribuida a Ermanno o al mismo San Bernardo). Del siglo XII es el himno *Ave Regina caelorum*. En la liturgia latina encontramos por primera vez el nombre de Reina en *Antiphonarium Officii* de San Gregorio cuando se la llama *Regina caelorum, Regina mundi*.

En el arte aparece por primera vez María sentada sobre un trono en un mosaico de san Apolinar Nuevo de Rávena. Otros dan la “primacía” a un fresco de la Iglesia de Santa María Antiqua, en Roma. Ambos son del siglo VI. El tema de la adoración de los magos se encuentra frecuentemente en sarcófagos de los siglos IV y V y también en el ábside de Santa María Mayor, mandado decorar por el Papa Sixto III (432-440)

7. Las letanías marianas lauretanas

a. La historia de la forma litánica en la fe cristiana. Excursus

Las letanías (del griego *litaneia*) son una oración de súplica o rogativa dirigida a Dios directamente o por la intercesión de algunos santos, con cierto ritmo y orden; suelen contener una breve invocación, una súplica y una sucinta respuesta repetitiva. Hay letanías que tienen un carácter más de súplica (como las oraciones de los fieles en la Misa, como en la segunda parte de las letanías de los santos) y otras son más de alabanza o invocación (con una respuesta deprecativa). A este último grupo corresponden, entre otras, las letanías lauretanas, las del Sagrado Corazón y la primera parte de las letanías de los santos.

La oración litánica es connatural a la estructura psicológica y sobrenatural de la oración⁴³ y su presencia se remonta a la Biblia. En efecto el hombre

⁴² P. GABRIELE - M. ROSCHINI, *Maria Santissima nella storia della salvezza*, vol. IV, Roma 1969, 107.

⁴³ La oración comienza mirando a Dios y de allí nace la alabanza; luego el alma se mira a sí misma y, viéndose pobre y pequeña y débil y frágil, pide pero pide sobre todo la gracia de su voluntad; al confesar su creaturalidad pecadora busca remediar esa fractura con la expiación y la intercesión; todo tipo de oración debería terminar con el agradecimiento por los dones recibidos (todo es gracia).

creyente al percibir por su fe la grandeza de la santidad divina y su pequeñez personal siente la necesidad de acudir reiteradamente al Dios tres veces Santo y de agradecer con gozo, también insistentemente, su misericordia desproporcionada. En esta reiteración deprecativa y de alabanza y gratitud está basada la letanía. Podemos ver ejemplos de esto en el Salmo 135 (dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia; dad gracias al Dios de los dioses, porque es eterna su misericordia...). También en Dn 3,57-88 (el cántico de los 3 jóvenes).

En la época patrística encontramos también algunas manifestaciones de este género de oración: en la *Didaché*, en la Epístola a los Romanos de San Clemente (†101), en la Carta de San Policarpo (†155), en *De mortibus persecutorum*⁴⁴ de Lactancio. También en las aclamaciones de los efesios ante la proclamación del dogma de la *Theotokos* en el 431. Otros autores que lo utilizan son Teódoto de Ancira⁴⁵ y Próspero de Aquitania. En la liturgia oriental el diácono recitaba la *ectenía* (una plegaria extensa en la que pedía por todas las personas y todas sus necesidades) y también abundan las *synaptai*, que son más breves (pertenecen a la liturgia de las horas). También aparecen en la liturgia caldea en el oficio divino.

En el mundo occidental la oración universal es la evolución litúrgica que toma este tipo de oración. Muestra de esto son las letanías *Dicamus omnes* del Misal de Stowe⁴⁶. A partir del siglo V se diversifican estas oraciones litánicas en las distintas liturgias: ambrosiana (*acclamations* matutinas), galicana, hispano-mozárabe.

Como antecedente más claro de las letanías lauretanas encontramos las letanías de los santos. Aparecen por primera vez en el siglo V. En el sacramentario Gelasiano aparecen mencionadas unas letanías⁴⁷ que se responden con el *Kyrie eleison*. Son los exordios. Hacia el siglo VII al desaparecer las oraciones de los fieles, se reúnen tres elementos pre-existentes independientes (las invocaciones a Cristo, series de alabanzas a los santos, y peticiones) dando lugar a la forma primitiva de las mismas, como atestigua el Salterio de Athelstan⁴⁸. En tiempos de Gregorio Magno en Roma se recitaba ya un esbozo

⁴⁴ LACTANCIO, *De mortibus persecutorum*, X LVI, *Sources Chretiennes* 39, 129.

⁴⁵ TEÓDOTO DE ANCIRA, *Homilía IV sobre la Madre de Dios y Simeón*, PL 77.

⁴⁶ Una parte importante de las plegarias de este misal están recogidas en el libro de P. De Clerck, *L'priere universelle dans les liturgies latines anciennes*, Münster 1977, 145 y ss.

⁴⁷ Del siglo VII e inicios del VIII. El obispo tras el introito y la oración recitaba "con los participantes el Kyrie Eleison con las letanías". Tiene una estructura diversa pues son un estadio primitivo.

⁴⁸ Este salterio se encuentra en el Museo Británico de Londres, Cotton MS Galba A XV, f. 200.

de letanías. Sin embargo, algunos historiadores, como Bishop⁴⁹, opinan que el origen de éstas sería las Islas británicas. A partir de estos aparecerá en el siglo VIII el Sacramentario Gellonense y el Ordo Romanum que contienen ya todos los elementos de las letanías de los santos. A partir de aquí sólo falta que el proceso de inflación abierto multiplique los nombres de los santos, según la piedad popular. Su uso era piadoso (procesiones penitenciales, oraciones por enfermos y moribundos, rogativas y fiestas) y litúrgico (vigilias, ordenaciones sacerdotales, etc.). Otros historiadores se decantan más por un recorrido circular que partiendo de Roma pasa por las Galias y más allá y regresa enriquecido litúrgicamente.

En las letanías de los santos más arcaicas aparece una sola invocación a María, pero dada su excelsa dignidad y su especialísima participación en el misterio de la redención ésta se multiplicó por tres (*sancta Maria, sancta Dei genetrix, sancta Virgo virginum*), y luego otras dos más (quinarias) y otras dos más (septenarias) . . . y así se van fraguando dentro de estas letanías las propias de María.

b. Las letanías lauretanas

Para el estudio de estas letanías nos hemos valido de las investigaciones de A. de Santi^{50 51}, G.G. Meersseman, O.P.⁵², Busseti⁵³, Sauren⁵⁴, y el libro elaborado desde la Curia generalicia de la Orden de los Siervos de María⁵⁵.

La gestación de estas letanías ha sido lenta. El doble aspecto de alabanza o elogio y de invocación o deprecación ha tenido un desarrollo diferenciado que presentamos ahora. En primer lugar están los tropos marianos y la múl-

⁴⁹ E. BISHOP, *The Litany of Saints of the Stowe Missal*, en *Liturgia historica*, Oxford 1918, 142-143.

⁵⁰ A. DE SANTI, *Le Litanie Lauretane*, Roma 1897.

⁵¹ Los cuatro artículos publicados en *La Civiltà Cattolica* en 1896 y 1897 (serie XVI, vol. 8, 542-557; vol. 9, 161-178 y 527-543; vol. 10, 36-50; que sí he leído y estudiado) se publicaron como segunda edición en 1897 y además sirvieron como base para la obra de 1899, de la serie XVII, vol. 8, 455-462 y 637-638. Esta obra ha tenido traducción en francés con algunas adiciones.

⁵² G.G. MEERSSEMAN, *Der Hymnos Akathistos im der Abendland*, I y II, Specilegium Friburgensis, Universitätsverlag, Friburg, Schweiz 1958.

⁵³ G. BESUTTI, «Letanías», en *Nuevo diccionario de Mariología (de Stefano de Fiores y S. Meo)*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988, 1053-1062.

⁵⁴ SAUREN, *Die lauretanische Litanei nach Ursprung, Geschichte und Inhalt*, Kösel, Kempten 1895.

⁵⁵ Cf. CURIA GENERAL DE LA ORDEN DE LOS SIERVOS DE MARÍA, *Suppliche litaniche a Santa Maria*, Roma 1988.

tiple invocación que comienza con Santa María: éstos son abundantes en sus formas primitivas y sin embargo terminan desapareciendo (como también las letanías deprecativas). Hacia el siglo XII tenemos ya unas letanías marianas completamente autónomas.

Las fuentes doctrinales de estas jaculatorias marianas son: primero, la Sagrada Escritura (serían como “variaciones” al tema de la salutación angélica en la Anunciación y al tema de la “Madre de mi Señor” en la Visitación; también otras analogías bíblicas); segundo, las homilias patrísticas (son las famosas *khairetismoi* que proliferan tras el Concilio de Éfeso del 431 que define la Maternidad divina de María); tercero, de los himnos marianos (Akathistos, que es un himno mariano del género *kontakion*⁵⁶, atribuido a Romano Melode, del siglo VI, que pasa a occidente a través de Venecia en el s. VIII); cuarto, las *laude marianae* (poesías cantadas en honor a la grandeza de María y que inspiran muchas de las letanías lauretanas; muchas relacionadas con la fiesta de la Asunción)⁵⁷ y las *orationes* en honor a María (por ejemplo, las de san Ildefonso de Toledo).

En el siglo XII aparecen distintos formularios de letanías marianas que Meersseman estudia con detalle. Son los antecedentes inmediatos a las Letanías lauretanas. Destacamos tres.

Las letanías de Aquilea o venecianas: son 46 letanías no muy breves de alabanza (son muy equilibradas y por eso algunas excesivamente discursivas y largas). Proviene seguramente de la *Salutatio Sanctae Mariae* que se conserva en París que a su vez se inspira en la versión latina del *Akathistos*.

Las letanías deprecatorias de Maguncia. Son de corte carolingio (más de súplica y petición que laudatorias). Se usaban como mediación o intercesión ante dificultades o calamidades. El primero en estudiarlas fue Angelo de Santis. El manuscrito se titula: *Letania de Domina nostra Dei genetrice virgine Maria. Oratio valde bona cotidie pro quacumque tribulationes dicenda*. Son de piedad privada. Tienen tres partes. La primera es similar al inicio de las letanías de los santos (6 estrofas), la segunda tiene 50 estrofas con elogios marianos que se responden siempre con: *ora pro nobis benedictum ventris tui fructum*; la tercera parte son *obsecrationes* (del tipo *Per... libera nos, Domine*) y otras peticiones (*Ut... digneris, te rogamus, audi nos*).

⁵⁶ G. PONS, *Textos marianos de los primeros siglos*, Madrid 1994, 174.

⁵⁷ G. M. DREVES, *Analecta Hymnica Medii Aevi*, Leipzig 1890, 55-56 (aunque entre las páginas 45 y 80 hay muchos himnos y troparios en honor a la Virgen).

En la Biblioteca Nacional de París⁵⁸ está el precedente más cercano e inmediato de las letanías lauretanas. Es también del siglo XII. Es más rítmico, conciso y ordenado: tuvo más éxito popular. Su estructura es ésta: 3 invocaciones a María como *Sancta*, otras 12 como *Mater*, 4 como *Magistra*, 8 como *Virgo*, 32 metafóricas y simbólicas de inspiración bíblica y las 13 últimas como *Regina*.

Hay un códice en Padua⁵⁹, del siglo XIV, que tiene una estructura muy similar a la de París: por ejemplo, disminuyen los títulos simbólicos y crecen los de *Virgo* y *Magistra*.

En 1531 ya está documentado el uso de las letanías en el Santuario de Loreto, con un coro de niños que las cantaba los sábados. Ha habido en la historia versiones que aumentaban, por la piedad popular, o disminuían, por corrección litúrgica, la extensión de las mismas. Los Papas legislaron para mantener las mismas y no añadir nuevas sin permiso expreso. Los mismos pontífices han ido añadiendo a lo largo de los siglos nuevas invocaciones: *Auxilium christianorum*, en agradecimiento tras la batalla de Lepanto⁶⁰; *Mater immaculata*, con el movimiento inmaculista español del s. XVII; *Regina sine labe originale concepta*, con Gregorio XVI; *Regina sacratissimi Rosarii* y *Mater boni consilii*, con León XIII; *Regina pacis*, con Benedicto XV en el contexto de las guerras mundiales; *Regina in coelum assumpta*, con Pío XII en la víspera de la proclamación dogmática; *Mater Ecclesiae*, con Pablo VI en 1964; *Regina familiae*, con san Juan Pablo II, (1995).

8. Magisterio de la Iglesia sobre la Reina de los Apóstoles

a. Concilios, bulas

El concilio de Efeso (431) al afirmar la maternidad divina de María, asentó el fundamento de la realeza de María. Los concilios de Calcedonia (451), Constantinopolitano II (553) y III (681) profundizaron en esa doctrina y la precisaron, aunque no aparece explícita la palabra “Reina”. En la carta dogmática sinodal del Concilio Romano (680) se usa por primera vez la expresión “*Maria, Domina nostra*” (lo cual supone que ya había un uso habitual en el lenguaje de los creyentes y teólogos). En el Concilio ecuménico

⁵⁸ BIBLIOTECA NACIONAL DE PARÍS, «Litania Sanctae Mariae, lat. 5267».

⁵⁹ G.G. MEERSSEMAN, *Der Hymnos Akathistos im der Abendland*, 58-62 y 225-227.

⁶⁰ L. VON PASTOR, *Storia dei Papi*, vol. VIII, Roma 1929, 574, nota 1.

VII en Nicea (787)⁶¹ hablando sobre las imágenes se refiere a las de María como “*intemerata* Reina nuestra, Santa Madre de Dios, Reina de los Ángeles y Santos...”. Sixto IV en su Bula “*Cum preexcelsa*” (1476)⁶² aprueba el oficio de la Inmaculada Concepción y se refiere a María como la Reina de los Cielos, gloriosa Virgen Madre de Dios, ensalzada por encima de las sedes celestes, estrella matutina sobre todas las estrellas”. Pío IX en la Bula *Ineffabilis Deus* (8-12-1854) define el dogma y traza rasgos más definidos de su realeza: la llama *praeconium* (gloria) *Apostolorum, Caeli terraque Regina super omnes angelorum chorus sanctorumque ordines exaltata*, y afirma su función impetratoria eficaz: *quod quaerit invenit, ac frustrari non potest*. En síntesis: es Reina de todo lo creado, unida estrechísimamente a su Hijo en la lucha por la conquista del reino, y en el triunfo sempiterno de éste su Hijo, mediante su acción simple en bien de la humanidad.

b. Encíclicas de León XIII y Pío XI

León XIII fue el Papa del Rosario, de las varias encíclicas marianas (con los motivos y el oficio de María Reina). En *Adiutricem populi christiani*⁶³ (5-9-1895) remarca la misión especial de María, recibida en el Calvario, de custodiar la iglesia en la unidad, en la integridad de la fe, en la animación de los apóstoles [...] tanto en la tierra (desde el Cenáculo: “ayudó admirablemente a los primeros fieles con la santidad de su ejemplo, con la autoridad de sus consejos, con la dulzura de sus ánimos, con la eficacia de sus oraciones [...] convirtiéndose en madre de la Iglesia, y maestra y reina de los Apóstoles a quienes comunicaba lo que conservaba en el corazón”) como en el cielo. En *Fidentem piumque* (20-9-1896) añade que su oración fue eficazísima como se prueba en los Hechos de los Apóstoles, y que la oración de la Virgen sirvió mucho en la Encarnación⁶⁴ y en esta segunda encarnación que es la venida del Espíritu Santo. Por tanto, es generadora, sostenedora, unificadora, inflamadora de los Apóstoles.

Pío XI en su encíclica *Rerum Ecclesiae* también cita explícitamente a la *Regina Apostolorum* como madre que cuida a todos sus hijos⁶⁵ tanto si saben que lo son como si no.

⁶¹ Denz. 600: “tam licet imaginem Dei et Salvatoris nostri Jesu Christi, quam intemeratae Dominae nostrae sanctae Dei genetricis...”.

⁶² *Magnum Bullarium Romanum*, III, 169, Lugduni 1655.

⁶³ A. TONDINI (a cura di), *Le encicliche mariane*, Roma 1950, 219-236.

⁶⁴ *Ibid.*, 255.

⁶⁵ Pío XI, *Carta Encíclica Rerum Ecclesiae*, AAS 18, 1926, 83.

c. Movimiento en pro de la realeza de María

El movimiento internacional “*Pro regalitate Mariae*” nacido en Roma en 1933 (a favor de la institución de la fiesta de la realeza universal de María) tiene como precedentes el congreso mariano de Lyon de 1900 (donde se pide la inclusión de la letanía de la Reina del universo), el de Friburgo (1902) y el de Einsiedeln (1906). En 1937 se consagra la catedral de “María, Reina del mundo” de Port Said. En 1950, tras la declaración dogmática de la Asunción, Pío XII escribe la *Munificentissimus Deus*; en ella presenta a María⁶⁶ como Reina que entra triunfalmente en su palacio real celeste donde se sienta a la derecha del divino Redentor; es presentada como nueva Eva y se reponen los dos motivos de su realeza: la divina maternidad y la colaboración apostólica.

En 1954 instituye la fiesta de María Reina (11-10-1954) con la encíclica *Ad caeli Reginam*⁶⁷ y confiere a esta doctrina un sello de oficialidad y definitividad. El argumento es claro: dado que de Ella nació el Hijo del Altísimo que reinará eternamente, que será Príncipe de la paz, Rey de reyes, y dado también el íntimo ligamen entre Madre e Hijo, el pueblo atribuyó fácilmente a la Madre de Dios una preminencia real sobre todas las cosas. Por las palabras de Gabriel e Isabel se entiende que de la realeza del Hijo se derive una cierta elevación y preminencia. Pero los argumentos estrictamente teológicos son su divina maternidad (concibió al que desde el primer instante fue Rey y Señor de todas las cosas) y su rol en la obra de nuestra salvación (nueva Eva asociada al nuevo Adán en la redención del género humano). Añade el Papa que tiene un poder inmenso para alcanzar-repartir gracias (una especie de oficio materno).

Respecto a la *Regina Apostolorum*: el poder real de María es universal pero es especialmente claro en el apostolado por su cuidado materno hacia todo apóstol y apostolado, y por su ejemplaridad apostólica: presenta y trae al mundo a Jesús.

d. Concilio Vaticano II

Este concilio ecuménico supone para nuestro tema una profundización o enriquecimiento de perspectivas, de contenido y de aplicación.

En la Constitución apostólica sobre la Iglesia en el mundo actual se presenta la realeza de los fieles como dominio sobre el pecado: es un imbuir de

⁶⁶ Pío XII, *Constitución apostólica Munificentissimus Deus*, del 1 de noviembre de 1950, AAS 42, 767 y ss.

⁶⁷ Pío XII, *Carta Encíclica Ad caeli Reginam*, del 11 de octubre de 1954, AAS 46, 662-666.

espíritu cristiano las estructuras del mundo, y es, en definitiva, libertad filial. Bajo este prisma María reúne esta realeza de modo eminente⁶⁸: asunta como reina del universo, se conforma más plenamente a su Hijo Señor y vencedor del pecado y de la muerte; además, María es presentada con los Apóstoles perseverando en la oración y pidiendo el Espíritu Santo (en claro paralelismo con la Encarnación).

Hacia el final del Concilio hubo una serie de documentos de gran importancia cuya publicación se sucedió con gran celeridad. El 18 de noviembre de 1965 apareció *Apostolicam Actuositatem*, sobre la vida y misión de los laicos. En el número 4 se describe a María siempre íntimamente unida a su Hijo en la vida ordinaria, ya llena de por sí de solicitud familiar y trabajo, y cooperante de modo singularísimo en la obra del Salvador; también tras la ascensión cuida de los hermanos de su Hijo peregrinantes y en todos los peligros y en sus afanes hasta la Patria; invita el concilio a honrarla todos devotamente, a confiar a su cuidado maternal la propia vida y el propio apostolado, a agradecerle y a imitarla.

En el número 42 del Decreto *Ad Gentes* del 7 de diciembre de 1965 anota el concilio que quienes trabajan por la irradiación del Reino de Dios en el mundo piden, por la intercesión de María, Reina de los Apóstoles, que todos los pueblos lleguen cuanto antes al conocimiento de la verdad.

Por último, en la *Optatam Totius* del 8 de diciembre de 1965, en el número 18, cita específicamente a María, Reina de los Apóstoles, como madre premurosa y totalmente consagrada al misterio de la redención humana, como auxiliadora de los presbíteros en su ministerio; invita consecuentemente a venerarla y amarla con culto y devoción filiales.

Es interesante observar que 19 de los 22 documentos del concilio tienen textos y referencias marianos.

e. Beato Pablo VI

En la *Marialis cultus*⁶⁹ (1974) el Papa se plantea una verdadera reforma-actualización e incremento del culto y devoción marianos; en la segunda parte, en la sección primera el tema de la relación de María y el Espíritu Santo aparece con una nueva luz: María, tras Cristo y en virtud de Cristo, está, respecto a los demás hombres, en el vértice de la economía de la salvación, en un plano de excelencia precedente y superior, y de eficacia diferente respecto al sacerdocio. De modo a la vez contundente, simpático y paternal

⁶⁸ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Lumen Gentium* n. 36.

⁶⁹ AAS 66 (1974) 113-168; EV, vol. 5, 42-127.

dice que si el sacerdocio sumo (del Papa) tiene las llaves del cielo (de Pedro), Ella es la misma Reina del cielo... y por eso los Papas son tan devotos de María.

En *Christi Matri*⁷⁰ el Papa nos exhorta a acudir a la materna bondad de la Reina de la paz en nuestras angustias y aflicciones. Es abundante la doctrina del Papa sobre las relaciones de María y la Iglesia: como hija, reina, madre.

f. San Juan Pablo II

La providente disposición de Dios nos quiso dar a Cristo a través de María y la ha asociado a sí en toda la historia de la salvación. María es Madre de la Iglesia, está maternalmente presente y activa en toda la vida y apostolado de la Iglesia. María está siempre con los apóstoles: al inicio de la Iglesia y hasta hoy; con una presencia discreta y eficaz, como en Caná. Su eficacia tiene una doble valencia: como Madre de cada uno y como Reina de la “familia” de la Iglesia, el pueblo de Dios.

María en la Iglesia naciente es modelo del discípulo: de hecho, es discípula desde el evento de Jesús en el templo de Jerusalén a los 12 años. Esta figura prototípica de María respecto a la Iglesia se delinea en sendos pasajes de *Catechesi tradendae*⁷¹, en *Dominum et Vivificantem*⁷², y en *Redemptoris Mater*⁷³. María se muestra como prototipo de fe en la que precede y va por delante de todos, de oración y de presencia activa y maternal con realismo, dinamismo y pureza; al mismo tiempo, además de la ejemplaridad, el Papa subraya el cuidado materno para formar en nosotros a Cristo, a través del mismo Espíritu que fecundó sus entrañas purísimas. En sintonía con esta misión es notable e interesante la relación de la promesa de Jesús a los apóstoles “cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, seréis testigos hasta los confines de la tierra”⁷⁴ y la presencia de María en el cenáculo con los mismos apóstoles. La Iglesia siempre, desde el inicio, miró a Jesús a través de María, que nos lo muestra y presenta desde la noche de Belén: hay una estrecha relación en María entre maternidad y ejemplaridad y “transmisión” fiel de Cristo (diríamos “apostólica”). Esa transmisión es vista como cooperación con amor de madre a la regeneración y formación de los hijos e hijas de la Iglesia: como intercesión mediadora. Su maternidad la advierten

⁷⁰ PABLO VI, *Carta Encíclica Christi Matri* (15 de septiembre de 1966), AAS 58, 745-749.

⁷¹ JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Catechesi tradendae* (1979), AAS 71, 1340; EV, vol. VI, 1291.

⁷² JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Dominum et Vivificantem*, AAS 78 (1986), 896-897.

⁷³ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Redemptoris Mater*, AAS 79 (1987), 362-363 y 378-384.

⁷⁴ Lc 24,49.

los cristianos especialmente en el guiarles al Sagrado Convivio donde Cristo se hace presente con su “*verum corpus natum ex Maria Virgine*”⁷⁵. El perfil misionero fundamental de la Iglesia se evidencia en el título y el modelo de la Reina de los Apóstoles.

9. Síntesis conclusiva

Desde las tipologías del Antiguo Testamento que profetizan una colaboradora en la victoria de Dios (cf. Gn 3,15) y que muestran la figura de la reina madre en el reino davídico, hasta la profundización exegética y espiritual de las perícopas evangélicas de María, aparece en la Biblia clara la idea de la realeza de María, asociada a su maternidad, una de cuyas dimensiones esenciales es la apostólica. Del testimonio escrito de los Padres de la Iglesia extraemos la conclusión de que ya en el siglo V estaba extendida a toda la Iglesia la veneración de María como Reina y además reina que colabora en la regeneración sobrenatural de los hijos adquiridos al pie de la cruz por voluntad de su mismo Hijo. En la época medieval se engrandece y exalta la figura real de María, como corresponde a un periodo socialmente feudal; se estudia en un contexto escolástico su función maternal, intercesora y apostólica. En los inicios de la edad moderna y la época barroca hemos constatado cómo la difusión de la piedad mariana ha permeado el culto litúrgico y la piedad popular haciéndose todavía más universal. En los dos últimos siglos, a raíz del movimiento en pro de la realeza de María ha habido un fuerte incremento de la reflexión, del magisterio, de la piedad: en este caso desde arriba (Papas, concilios, nuevas congregaciones aprobadas con el sello de la Iglesia...). En los últimos años ha habido un despertar del fervor mariano de la mano de los últimos Papas que ha salvado un periodo de silencio y retraimiento. El lanzamiento de la Nueva Evangelización⁷⁶ ha sido un revulsivo para esta advocación mariana netamente apostólica.

Con la ayuda de Dios, espero completar este estudio con otras dos partes. Una que trate la advocación de la Reina de los Apóstoles como inspiradora de carismas eclesiales, sobre todo de los siglos XIX y XX. Y otra que presente a la Regina Apostolorum como síntesis de la dimensión mariana de la espiritualidad apostólica del carisma del *Regnum Christi*.

⁷⁵ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia*.

⁷⁶ Juan Pablo II usa por primera vez esta expresión en su visita pastoral a Polonia; una segunda vez en la reunión del CELAM el 9 de marzo de 1983 en Haití; ésta es la de mayor resonancia, la que lanza a la Iglesia en ese impulso misionero renovado y acrecentado.